

El ejemplo histórico en los discursos de Elio Aristides: el episodio de los heraldos de Darío en las Guerras Médicas (Panatenaico 97-100 Lenz-Behr)

José Antonio Caballero López

Universidad de La Rioja
antonio.caballero@unirioja.es

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0003-2043-858X>

The historical example in Aelius Aristides' discourses. The episode of Darius' heralds in the Persian Wars (Panathenaic 97-100 Lenz-Behr)

En este artículo estudiamos el uso del ejemplo histórico desde la perspectiva retórica en la oratoria de Elio Aristides. Los estudios al respecto se han dirigido hasta ahora a cuestiones propiamente históricas y de *Quellenforschung*. Nosotros partimos, sin embargo, de la determinación de los componentes persuasivos del discurso, en general, y del ejemplo (*παράδειγμα*), en particular, por el sistema de la Retórica. Analizamos, luego, cómo determinados temas y motivos históricos constituidos en *παράδειγματα*, esto es, en modelos y precedentes del pasado con valor retórico, se integran tanto en el tejido argumentativo como estilístico del discurso. El ejemplo histórico que analizamos aquí es el conformado en el *Panatenaico* con lo que sucedió en Atenas en el año 491 a. C. con los heraldos enviados a Grecia por Darío en los comienzos de la Primera Guerra Médica.

Palabras clave: Elio Aristides; Retórica; ejemplo histórico; Guerras Médicas; heraldos.

Cómo citar este artículo / Citation: Caballero López, José Antonio 2017: «El ejemplo histórico en los discursos de Elio Aristides: el episodio de los heraldos de Darío en las Guerras Médicas (*Panatenaico* 97-100 Lenz-Behr)», *Emerita* 85 (2), pp. 313-335.

In this paper, we study the use of the historical example in the Elio Aristides' oratory from a rhetoric perspective. Studies in this regard have been focused so far on historical matters and *Quellenforschung*. On the contrary, we start determining the persuasive speech components in general and the example (*παράδειγμα*) in particular, through the Rhetoric. Then, we analyze how certain topics and historical motifs (constituted as *παράδειγματα*, that is, models and precedents of the past with rhetoric value) integrate both the argumentative and the stylistic facets of the discourse. The historical example discussed here is the one that arose in the *Panathenaic* out of the episodes in Athens in 491 BC concerning the heralds sent to Greece by Darius at the beginning of the First Persian War.

Key words: Aelius Aristides; Rhetoric; historical example; Persian Wars; heralds.

Aunque el empleo en el discurso de παραδείγματα o ejemplos del pasado histórico o legendario para justificar o valorar por comparación una determinada deriva de la acción presente o futura es tan antiguo como la propia literatura griega¹, es Aristóteles quien fundamenta en la teoría y en la práctica su uso retórico al integrarlo en su esquema de pruebas (πίστεις) o medios para conseguir la adhesión a través del λόγος, persuasión que procede de la argumentación discursiva (*Rh.* 1356a).

El παράδειγμα o ejemplo sería para el Estagirita una estructura argumentativa inferencial, un método de razonamiento y de prueba similar a la inducción lógica (ἐπαγωγή) en el que se aduce algún caso o casos particulares conocidos que sirven para inferir o para fundamentar la regla o enunciado propuesto por el orador (*Rh.* 1357b26-37).

Y para esa argumentación por el ejemplo, la historia, por su prestigio, conocimiento generalizado y valor paradigmático, es una gran fuente de contenidos para el orador en la operación retórica de *inuenire* (Caballero 2015): el recuerdo en el discurso de un hecho o de un personaje conocido del pasado puede encajar perfectamente en la estrategia argumentativa del orador con vistas a la persuasión. Se trataría de invocarlo como precedente para justificar una tesis; o podría inducir a la identificación entre aquel suceso o aquel personaje del pasado dotados de prestigio y los del presente sometidos a la causa, de manera que ambos reciban la misma valoración, o, simplemente, suceso y personaje se aducirían como modelos para excitar a una acción o a un comportamiento similar. Es por ello por lo que Aristóteles también reconoce lo útil que es para el orador el conocimiento de «las historias de aquellos que escriben sobre las acciones de los hombres» (*Rh.* 1360a35-37).

Aristóteles es estrictamente contemporáneo de los grandes oradores áticos del siglo IV a. C.; sea o no por retroalimentación, el uso de ejemplos históricos está ampliamente extendido en sus discursos² y los maestros de retórica, con sus codificaciones, sus estructuras, sus normas y sus consejos, debieron contribuir a ello. Isócrates, justamente, el más influyente de estos maestros (Nicolai 2004), menos especulativo y más práctico, había incorporado y reconstruido en sus

¹ Ya en *Iliada* IX 523-605 el anciano Fénix refiere la historia de Meleagro en la defensa de Calidón contra los curetes cuando intenta convencer a Aquiles de que deponga su actitud y regrese al combate.

² De hecho, es éste el periodo que mayor atención de los críticos ha despertado al respecto. Véase, por ejemplo, Jost 1936, Pearson 1941, Nouhaud 1982, Schrader 1989, Worthington 1994, Iglesias Zoido 2000, Pownall 2004.

discursos, que servirán de modelos para el aprendizaje de sus discípulos, no sólo episodios de naturaleza histórica, sino también consideraciones relativas al modo de integrar en la estructura argumentativa del propio discurso dichos episodios. Es programático, en este sentido, el exordio del *Panegírico*, donde el rétor ateniense dice que los hechos pueden expresarse de muchas formas en los discursos e, incluso, podrían ser alterados e interpretados de distinta manera si el *καίρως* lo requiere (*Or.* IV 9). Lo que antes podía haber sido un empleo intuitivo y circunstancial de un tema o personaje histórico con vistas a la comparación con el caso en cuestión, ahora queda formalizado e integrado conscientemente en la estructura argumentativa del discurso, algo que se aprenderá y practicará en la escuela. La historia, de hecho, tendrá un gran prestigio y una amplia presencia en el currículo de las escuelas de retórica, que, a través de ejercicios (*progymnasmata*) como la etopeya, la descripción o la narración, contribuirán por añadidura a fijar en la memoria personajes y hechos históricos relevantes (Nicolai 2007). Es interesante señalar que el florecimiento de las escuelas de retórica en las épocas helenística y romana, reconocida la utilidad de la historia y de la historiografía para suministrar ejemplos, llevó parejo el incremento de manuales sintéticos de contenido histórico (Ático, Cornelio Nepote, Varrón), epítomes de obras históricas de grandes dimensiones (Polibio, Salustio, Tito Livio), colecciones de *excerpta* (Polibio) o colecciones de hechos y dichos memorables (Valerio Máximo) con el objetivo de favorecer su aprendizaje y su uso en los ejercicios de escuela y en los discursos reales o ficticios.

Sea como fuere, la *paideía* retórica reforzó el interés por el ejemplo histórico y afectó a su práctica, de manera que los rétores privilegiaron también su uso como instrumento didáctico y como recurso elocutivo. Esto es, si el *exemplum* histórico había servido, sobre todo, como instrumento funcional para la persuasión (*probare / mouere*), con los nuevos tiempos van a prosperar también sus funciones didáctica, como herramienta retórica para mostrar una línea determinada de comportamiento (*docere*), y estética, como procedimiento expresivo que agrada y divierte a un auditorio deseoso de escuchar y leer historias y anécdotas del pasado (*delectare*). Es por lo que Cicerón y otros rétores incluyen también el *exemplum* no sólo en la fase de la *inuentio* y la *probatio*, sino también en su exposición de la *elocutio* y de la *ornatio*, clasificándolo dentro de las figuras retóricas³. Él mismo, sabedor de su valor

³ Cic., *Inu.* I 49. Esta triple función (probar, enseñar y deleitar; *probare, docere et delectare*) del *exemplum* ya la recoge la definición que aporta el autor de la *Rhetorica ad Herennium*,

retórico, como no podía ser de otra manera, hizo un amplio uso del *exemplum* histórico en sus discursos.

Pues bien, constatamos que el rétor Elio Aristides, uno de los representantes más relevantes de la llamada desde Filóstrato «Segunda Sofística» (*VS I 481*)⁴, hace en sus discursos un uso frecuente del ejemplo histórico. El interés de la crítica, sin embargo, se ha dirigido a cuestiones propiamente históricas y de *Quellenforschung*, y son escasos los trabajos que se dedican a estudiar su función y empleo prácticos y su encaje en el tejido argumentativo y estilístico del discurso.

Estudiar, en efecto, la presencia del ejemplo histórico desde la perspectiva retórica en la oratoria de Elio Aristides es el objetivo del proyecto que en estos momentos estamos desarrollando. En él, partiendo de la determinación de los componentes persuasivos del discurso, en general, y del ejemplo, en particular, por la Retórica, llevamos a cabo, primero, una recopilación, clasificación y estudio individualizado de los motivos y temas históricos de los que se vale Elio Aristides en sus discursos. Analizamos, luego, cómo dichos temas y motivos constituidos en *παραδείγματα*, esto es, en modelos y precedentes del pasado con valor retórico, se integran tanto en el tejido argumentativo como estilístico del discurso.

En este trabajo vamos a presentar el estudio de uno de esos motivos históricos conformado en ejemplo. Se trata de un suceso que, en principio, podría parecernos de tipo secundario, pero que tanto en las fuentes historiográficas como en la oratoria de nuestro rétor tiene, como vamos a comprobar, su relevancia. Se trata de lo que aconteció en Atenas en el año 491 a. C. con los heraldos enviados a Grecia por Darío en los comienzos de la Primera Guerra Médica. Es Heródoto la fuente primera del suceso y el relato de lo que a su juicio sucedió lo refiere en diversos momentos de su *Historia*.

En el libro VI, capítulos 48-49, Heródoto da la noticia del envío de heraldos (κῆρυκας) a todas las regiones de Grecia para demandarles, en nombre de Darío, «la tierra y el agua», que era, siempre en términos de superioridad, la fórmula típica de la diplomacia persa en sus relaciones con otros pueblos para pedirles formalmente su sumisión (Walser 1975). Pero Heródoto nada

que lo trata dentro de las figuras de pensamiento (*Rh. Her.* IV 62), y también se hará eco de ella Quintiliano en su *Institutio Oratoria* V 11.5.

⁴ La bibliografía que debate esta denominación y su alcance es muy abundante. Borg 2004 y Whitmarsh 2005 ofrecen útiles estados de la cuestión.

cuenta, de momento, de la respuesta de los atenienses a los heraldos, sino que el relato se interrumpe, como por otra parte es habitual de la técnica narrativa de Heródoto, para introducir por asociación de ideas una larga digresión sobre el origen de la diarquía espartana y otras cuestiones de la política interestatal griega. Hasta el capítulo 95 no se retoma el hilo de la historia tras la digresión; pero tampoco se refiere nada de la suerte de los heraldos de Darío. Hemos de esperar hasta el libro VII y cuando se está narrando ya la Segunda Guerra Médica con Jerjes para saber cuál fue la respuesta de los atenienses a las exigencias del persa.

En efecto, es ahora Jerjes quien envía en el año 481 a. C. nuevos heraldos a Grecia para exigir «la tierra y el agua»; pero, a diferencia de lo que hizo su predecesor, los únicos lugares a los que no envió emisarios fueron Atenas y Esparta. Y Heródoto explica la causa:

133. ἐς δὲ Ἀθήνας καὶ Σπάρτην οὐκ ἀπέπεμψε Ξέρξης ἐπὶ γῆς αἴτησιν κήρυκας τῶνδε εἵνεκα: πρότερον Δαρείου πέμψαντος ἐπ' αὐτὸ τοῦτο, οἱ μὲν αὐτῶν τοὺς αἰτέοντας ἐς τὸ βάραθρον οἱ δ' ἐς φρέαρ ἐμβαλόντες ἐκέλευον γῆν τε καὶ ὕδωρ ἐκ τούτων φέρειν παρὰ βασιλέα. [2] τούτων μὲν εἵνεκα οὐκ ἔπεμψε Ξέρξης τοὺς αἰτήσοντας. ὅ τι δὲ τοῖσι Ἀθηναίοισι ταῦτα ποιήσασι τοὺς κήρυκας συνήνεκε ἀνεθέλητον γενέσθαι, οὐκ ἔχω εἶπαι, πλὴν ὅτι σφέων ἡ χώρα καὶ ἡ πόλις ἐδηλώθη. ἀλλὰ τοῦτο οὐ διὰ ταύτην τὴν αἰτίην δοκέω γενέσθαι.

Y por cierto que Jerjes no despachó heraldos a Atenas y Esparta para exigir la tierra por la siguiente razón: años atrás, cuando Darío envió a sus heraldos con idéntica misión, los atenienses arrojaron a quienes les formularon dicha exigencia al bátrato y los espartanos a un pozo, instándoles a que sacasen de allí la tierra y el agua y se la llevaran al rey. [2] Ésa fue la razón de que Jerjes no despachara emisarios para plantearles su demanda. En ese sentido, no puedo especificar qué desgracia llegó a sucederles a los atenienses por haber tratado así a los heraldos, como no sea que su territorio y su ciudad fueron saqueados; con todo, creo que ello no ocurrió por ese motivo. (Traducción de C. Schrader)

Por fin sabemos cuál fue la respuesta de los atenienses y la de los espartanos: ambos dieron muerte a los heraldos de Darío y ambos cometieron, a ojos de Heródoto, un acto sacrílego además de escabroso⁵, un crimen contra

⁵ Los atenienses utilizaron el *bátrato* (βάραθρον), un precipicio a las afueras de Atenas en el camino hacia el Pireo destinado a la ejecución de los traidores; y los espartanos un pozo. Estos detalles, que presuponen una respuesta coordinada, complementaria y sarcástica (*bátrato*, para que los persas cogieran la tierra; pozo, para el agua) ha hecho sospechar a algunos

las leyes no escritas de todos los hombres que debía ser castigado por la divinidad. Las consecuencias para los atenienses no puede concretarlas, aunque apunta, con alguna duda, que consistió en el saqueo que sufrió Atenas poco después. Las que sí narra con todo detalle (capítulos 134-137) son las consecuencias que de este acto se derivaron para los espartanos: el asesinato provocó «la ira de Taltibio», por lo que Esparta no conseguía obtener presagios favorables en sus consultas. Para expiar el sacrilegio, Esparta envió a Jerjes dos voluntarios (Espertias y Bulis) para que fueran ejecutados; pero el rey persa, refiere Heródoto (VII 136. 2), «dando muestras de magnanimidad, les dijo que no iba a imitar a los lacedemonios; pues, si ellos habían conculcado las normas vigentes entre todos los humanos al acabar con unos heraldos, él no incurriría en el crimen que les imputaba». Aunque tras el perdón del rey, «la ira de Taltibio» se aplacase momentáneamente, cuenta el historiador (VII 137.1-2), ésta «al decir de los lacedemonios, se reavivó mucho tiempo después, durante la guerra entre los peloponesios y los atenienses; hecho éste que, en mi opinión, posee, donde los haya, un carácter sobrenatural. Pues que la ira de Taltibio se abatiera sobre unos mensajeros, y que no se aplacase hasta haber obtenido una reparación, es algo que lo exigía la justicia».

Es decir, un suceso del año 491 a. C. explicaría otro suceso acaecido durante la Guerra del Peloponeso que estalló en el 431 a. C. Y es que en la mentalidad griega de la que se hace eco Heródoto un acto atentatorio contra las leyes no escritas no puede quedar impune (doctrina de la *némesis*). Y el asesinato de los heraldos de Darío que, como todos los mensajeros, gozaban de inviolabilidad y, por lo tanto, estaban bajo la protección divina de Hermes, el mensajero de los dioses, y del propio Zeus (Wéry 1966, Mosley 1973), constituía un crimen de suma gravedad.

Después de Heródoto, los autores que refieren la historia de la ejecución de los heraldos de Darío, aparte de Elio Aristides, son Plutarco y Pausanias, aunque cada uno con sus particularidades.

Plutarco recoge el suceso en la biografía de *Temístocles* (6. 3-4). Este es su escueto relato:

ἐπαινεῖται δ' αὐτοῦ καὶ τὸ περὶ τὸν δίγλωττον ἔργον ἐν τοῖς πεμφθεῖσιν ὑπὸ βασιλέως ἐπὶ γῆς καὶ ὕδατος αἴτησιν. [4] ἐρμηνέα γὰρ ὄντα συλλαβῶν διὰ

críticos del carácter artificial del episodio y que la reacción ateniense habría sido inventada tras conocerse la respuesta de los espartanos (cf. *infra*).

ψηφίσματος ἀπέκτεινεν ὅτι φωνὴν Ἑλληνίδα βαρβάροις προστάγμασιν ἐτόλμησε χρῆσαι.

Es muy celebrado lo que hizo con el traductor cuando la embajada del rey para pedir tierra y agua. [4] Pues apresó al intérprete y lo hizo matar mediante decreto, por atreverse a emplear la lengua griega para órdenes de los bárbaros. (Traducción de A. Pérez Jiménez)

En primer lugar, el polígrafo de Queronea nada refiere aquí de la suerte de los heraldos, a los que cita no con el término griego correspondiente (κῆρυκες), sino con un nada comprometido ἐν τοῖς πεμφθεῖσιν ὑπὸ βασιλέως. Tampoco se dice si esos enviados lo fueron por el rey Darío o por Jerjes, en cuyo caso el hecho se llevaría hasta el 481 a. C. y estaría desmintiendo la información de Heródoto (VII 133). No obstante, nada impediría pensar que el hecho aquí aludido sea el del año 491 a. C., pues, aunque Temístocles obtendría su mayor fama por el éxito de Salamina, ya tuvo influencia en la política ateniense mucho antes, como reconocen sus biógrafos (Nepos, *Them.* 1.4; Plu., *Them.* 3.1): fue arconte epónimo en el 493/2 a. C. y, precisamente, los trabajos para reforzar el Pireo, pieza fundamental de la estrategia marítima de Atenas impulsada por él, se iniciaron bajo su magistratura (Th. I 93.3; cf. Schreiner 1969, Fornara 1971, Lenardon 1978). Y, lo más novedoso, de la historia se ha expurgado cualquier mención al crimen sacrílego cometido por los atenienses, porque el ejecutado ahora es el intérprete que se ha atrevido a usar su voz en beneficio de los enemigos; y lo ha sido, al parecer, mediante un decreto votado en la asamblea por los atenienses a propuesta de Temístocles, el personaje cuya astucia política, capacidad de influencia y enorme previsión está ejemplificando Plutarco en su biografía con rápidas anécdotas de esa clase. Desde luego, la ejecución de un intérprete, por muy deplorable que sea, no puede ser comparada con el asesinato de los heraldos y, en ningún caso, su responsable debía responder ante la divinidad. Por cierto, Cornelio Nepote, autor latino de otra moralizante *Vida de Temístocles* en el siglo I a. C., no transcribe nada del episodio de los heraldos ni del intérprete ni de la intervención del general ateniense.

No sabemos de dónde ha podido sacar Plutarco la versión del suceso con la aparición del intérprete. Para esta anécdota, como en muchas otras ocasiones, el polígrafo no cita su fuente (Ramón Palerm 1992, pp. 32-40). El verbo que la introduce, ἐπαινεῖται «es muy celebrado», sugiere que pudo leerla en algunas de esas colecciones de hechos célebres, máximas y dichos proverbiales de personas principales que estaban tan difundidas y eran tan del

gusto de la época y de las escuelas de retórica. En ellas se asociaban personajes famosos con hechos famosos (o infamantes), sin el permiso de la historia o retorciendo la propia historia en beneficio de la propaganda (Piccirilli 1987); ahí se había concitado toda una tradición que se remontaba hasta la época de los personajes en cuestión, habida cuenta de sus más que conocidas rivalidades familiares y políticas, contando unos y otros con sus respectivos detractores o aduladores (Ghinatti 1970).

Pausanias, en fin, sí menciona el episodio de los heraldos de Darío en su *Periegesis*; y lo hace en el libro III 12.7, con ocasión de la descripción de la tumba de Taltibio en Laconia. Éstas son sus palabras:

τοῦ δὲ Ἑλληνίων πλησίον Ταλθυβίου μνῆμα ἀποφαίνουσι· δεικνύουσι δὲ καὶ Ἀχαιῶν Αἰγιεῖς ἐπὶ τῆς ἀγορᾶς, Ταλθυβίου καὶ οὗτοι φάμενοι μνῆμα εἶναι. Ταλθυβίου δὲ τούτου μῆνιμα ἐπὶ τῷ φόνῳ τῶν κηρύκων, οἱ παρὰ βασιλέως Δαρείου γῆν τε καὶ ὕδωρ αἰτήσοντες ἐς τὴν Ἑλλάδα ἐπέμφθησαν, Λακεδαιμονίοις μὲν ἐπεσήμαινεν ἐς τὸ δημόσιον, ἐν Ἀθήναις δὲ ἰδίᾳ τε καὶ ἐς ἐνὸς οἶκον ἀνδρὸς κατέσκηψε Μιλτιάδου τοῦ Κίμωνος· ἐγγεγόνει δὲ καὶ τῶν κηρύκων τοῖς ἐλθοῦσιν ἐς τὴν Ἀττικὴν ὁ Μιλτιάδης ἀποθανεῖν αἴτιος ὑπὸ Ἀθηναίων.

Cerca del Helenio muestran el sepulcro de Taltibio; también enseñan los aqueos de Egio sobre el ágora un sepulcro, que dicen que es el de Taltibio. La cólera de Taltibio por el asesinato de los heraldos que fueron enviados a Grecia por el rey Darío para pedir la tierra y el agua se manifestó en todo el pueblo de Lacedemonia y en Atenas sólo individualmente en la casa de un tal Milcíades, hijo de Cimón. Milcíades fue el responsable de que los heraldos que vinieron al Ática murieran a manos de los atenienses. (Traducción de M^a Cruz Herrero)

Y también aquí hay novedades. Frente a la información que nos suministraba Heródoto, sentenciado el asesinato de los heraldos en Atenas y en Esparta como un crimen sagrado, la cólera de Taltibio recae ahora sobre los espartanos en su conjunto; pero, en el caso de los atenienses, sólo en la casa de Milcíades, a quien se le hace responsable de que sus conciudadanos dieran muerte a los heraldos. Como en otros muchos casos, tampoco nos es posible conocer la procedencia de la información de Pausanias y si ésta era escrita, suministrada por las muchas fuentes directas o indirectas que consultó para la composición de su *Periegesis*, u oral, oída con ocasión de su visita al lugar que describe (cf. Kalkmann 1886, Segre 2004, Akujarvi 2005). Desde luego, su fuente de información en este pasaje no es Heródoto; el periegeta se hace

eco de una versión de los hechos que, por un lado, exculpa a los atenienses como colectivo de tan execrable crimen, y, por otro, señala como responsable a Milciades, el glorioso general de Maratón. En esa atribución tan directa del crimen algo habrá tenido que ver también toda esa literatura denigratoria del personaje que, como en el caso, de Temístocles, habría empezado a circular en propia vida de Milciades. Cornelio Nepote, que escribe igualmente una *Vida de Milciades*, obvia también el episodio de los heraldos al relatar la invasión del Ática por parte de las tropas de Darío.

Pues bien, veamos qué hace el rétor Elio Aristides con toda esta información histórica (y, probablemente, mucha más que no ha llegado hasta nosotros), apta para elaborar *exempla* que, a buen seguro, estaba disponible y se aprendía en las bibliotecas y en las escuelas de retórica de la época.

El episodio de los heraldos aparece mencionado en el *Panatenaico* (*Or.* I Lenz-Behr)⁶, el discurso panegírico que, como era de esperar en un rétor de su categoría, Elio Aristides dedica a Atenas, porque la admiración por el pasado, tan propia de la cultura del momento, llevaba aparejada la admiración por Atenas, la ciudad de más prestigio cultural de las de toda la Hélade (Bowie 1981, p. 215).

Nuestro rétor no se limita a exponer las cualidades y las virtudes de la ciudad siguiendo el orden de lugares comunes más o menos prefijado por la tradición retórica (D. H., *Rh.* I 3.237; Men. *Rh.* 346 ss.). También aduce las pruebas necesarias que justifican la existencia en el elogiado de las cualidades y virtudes que se ensalzan. Y aquí es donde entra de lleno nuestro tema. Pues la historia, como hemos dicho, por su carácter paradigmático, ejemplificador, derivado de su conocimiento generalizado y su prestigio, se adapta perfectamente a esa necesidad.

Elio Aristides, en efecto, despliega una amplísima erudición histórica en este discurso que pronunció ante los atenienses con ocasión de sus fiestas panateneas⁷. Los hechos históricos que se aducen para probar, una y otra vez, la filantropía y la excelencia de Atenas, las dos virtudes más importantes que

⁶ Sobre este discurso, uno de los más influyentes y estudiados del corpus de nuestro autor, puede verse Beecke 1905, Oliver 1968, Day 1980, Oudot 2005, 2006a, 2006b y 2008.

⁷ No hay un criterio unánime sobre cuándo fue pronunciado el *Panatenaico* y si fue realmente pronunciado alguna vez. Algunos autores hablan del 155 d. C. (Behr 1968, p. 86), otros hablan del 167 d. C. (Oliver 1968, p. 32) y hay quien no fija una fecha concreta (Boulanger 1923, p. 148) o reconoce su ignorancia sobre el tema (Follet 1976, p. 333).

justifican y encarecen su papel de cabeza de la Hélade y su destino como educadora de todos los griegos, ocupan la mayor parte del discurso y se extienden desde los párrafos 75 a 316 (de 404 párrafos en total)⁸.

El episodio de los heraldos de Darío se encuentra, como corresponde, entre los ejemplos históricos extraídos de las Guerras Médicas (*Or.* I 97-101). Así lo declama Elio Aristides para probar que Atenas, por su excelencia, era la ciudad que más le importaba y le preocupaba al persa en sus planes de invasión de la Hélade:

97. καὶ πρῶτον μὲν ἢ τῶν κηρύκων περίοδος ἢ γιγνομένη κατὰ τὴν Ἑλλάδα ὑπ' ἐκείνου τε καὶ τοῦ μετ' ἐκείνου βασιλέως περὶ τῆς γῆς καὶ τοῦ ὕδατος ἀπὸ ταύτης τῆς πόλεως ἤρχετο, καὶ πάντα πρὸς ταύτην διελέγοντο· ἔν τε ταῖς ἐπιστολαῖς ταῖς Ἑλληνικαῖς καὶ ὅσαι πυκναὶ τοῖς ὑπάρχοις ἦσαν οὐδὲν ἦν ὅτι μὴ Ἀθῆναι, ὡς ταυτὸν ὄν εἰπεῖν τὴν Ἀθηναίων πόλιν καὶ τὴν Ἑλλάδα, καὶ οὐκ εἰπεῖν μόνον, ἀλλὰ καὶ ἔργῳ συμβαῖνον πάσας ἔχειν τὰς πόλεις, εἴ τις κατὰσχοι ταύτην. 98. καὶ μὴν ὅσα γε αὐτῶν τούτοις ἔδει χρῆσασθαι καὶ προβουλεύσαι περὶ τῶν ὄλων, ἅπαντα ἢ πόλις ἐξήταζεν, ἀπ' ἀρχῆς προτάξασα τῶν Ἑλλήνων ἑαυτήν. καὶ διχόθεν ἤδη ἀπὸ Περσῶν καὶ Ἀθηναίων συνεκροτεῖτο ὁ πόλεμος, τοῦ μὲν ἀπειλοῦντος καὶ πειρωμένου, τῆς δ' ἀνθεστηκυίας καὶ νικώσης εὐθὺς ταῖς ἀποκρίσεισι. καὶ παρ' ἀμφοτέρων τούτων ἐμαρτυρεῖτο ὅτι Ἀθηναίων καὶ Περσῶν ἐστὶν ὁ πόλεμος περὶ τῆς Ἑλλάδος, τῶν μὲν λαβεῖν πειρωμένων, τῶν δὲ κωλύσαι. 99. ἐν ἐκείνοις μέντοι τοῖς καιροῖς ἔργα λόγων ἠτήθη -λέγω δὲ τὰ τῶν ἄλλων ἔργα λόγων τῶν παρ' ὑμῖν- καὶ ψήφισμα τροπαιοῦ κρεῖττον εἰς μνήμην ἐνίκησεν ἅμα λόγῳ καὶ ἔργῳ νικῆσαν. εὐθὺς γὰρ ἐν χερσὶν κύριον ἦν οὐ τῆ χειροτονία μόνον, ὡς νόμος, ἀλλὰ καὶ τῷ διαφθεῖραι τοὺς ἀγγέλους. τῷ δ' ἐρμηνεύσαντι τὰ γράμματα διαχειροτονίαν μὲν ἀπέδωκεν, ἴν', ἐπειδήπερ Ἕλλην ἦν, ἔχοι πλέον τὴν τῆς κρίσεως εἰκόνα, ἀπέκτειναν δὲ καὶ τοῦτον, ὡς οὐδ' ἄχρι φωνῆς διακονῆσαι προσήκον τοῖς βαρβάροις. καὶ τὸ ἰσχυρὸν περιῆλθεν αὐτῷ· τὸν γὰρ τῆς πόλεως ἄποικον οὐκ ἤξιον κατὰ τῆς πόλεως καὶ τῶν Ἑλλήνων ἐρμηνέα τῷ φύσει πολεμῖῳ γίνεσθαι. καὶ οὕτω δὴ ρίπτουσιν εἰς τὸ βάραθρον, ὥστ' ἄλλους ἀναγγεῖλαι τῷ βασιλεῖ τὰς ἀποκρίσεις καὶ παρὰ τῶν πεμφθέντων μὴ ἐκγενέσθαι μαθεῖν. 100. ὁ δὲ δὴ καὶ δὴ λαμπρῶς ἐκινεῖτο, καὶ τοῦτο μὲν τοῖς ὑπάρχοις ἐκέλευεν ἐτοιμάζειν αὐτόθεν τὰς πέδας ὑπερβαλῶν ἢ καθ' ὅσους ὤρετο τοὺς Ἀθηναίους εἶναι, ἵνα μηδεὶς ἀδετος αὐτῶν διαφύγοι, καὶ τῆς ὀργῆς ἀπολαύων ἕως ἐξῆν, τοῦτο δὲ τοῖς πλήθεσιν ἄλλα ἄλλοις

⁸ La parte mítica, con las leyendas habituales que se le atribuyen a los atenienses, ocupa los párrafos previos, desde el 24 al 74. Sobre la presencia y función del mito en la oratoria de Elio Aristides, véase Saïd 2008.

ἐπέταπεν. 101. ἐκ δὲ τούτου κήρυκες μὲν οὐκέτι ἐφοίτων εἰς τὴν Ἑλλάδα, αὐτάγγελον δὲ ἤδη κατέπεμπε τὸν στόλον.

97. Y, en primer lugar, el recorrido realizado por la Hélade de los heraldos enviados por él [Darío] y por el rey que le sucedió, exigiendo la tierra y el agua, comenzó por esta ciudad, y todo lo discutían con la vista puesta en ella. En sus mensajes a los helenos y cuantos de continuo enviaban a los lugartenientes nada había sino Atenas, como si fuera lo mismo hablar de la ciudad de los atenienses y de la Hélade; y no sólo hablar, sino que también sucedería de hecho que, si uno sometía esta ciudad, tendría todas las ciudades. 98. Y, por su parte, cuanto a su vez debía ser utilizado y deliberado sobre el conjunto de la situación, todo lo examinaba la ciudad colocándose desde el principio ella misma al frente de los helenos. E inmediatamente desde ambos bandos, desde el de los persas y desde el de los atenienses, se forjaba la guerra; el uno con amenazas e intenciones, la otra plantando cara y venciendo directamente en sus réplicas. Y por ambas partes se comprobaba que la guerra de atenienses y persas era una guerra por la Hélade, unos intentando ocuparla y otros impedirselo. 99. En aquellas circunstancias, pues, los hechos fueron inferiores a las palabras —pero digo que los hechos de los otros fueron inferiores a vuestras palabras— y un decreto mejor que un trofeo resultó victorioso para el recuerdo, victorioso a la vez en palabra y hecho. En efecto, fue inmediatamente señero en dos sentidos, no sólo por la votación a mano alzada, como una ley, sino también por la ejecución de los mensajeros. Y al que interpretó los escritos le concedieron una votación más a mano alzada, para que, puesto que era heleno, tuviera además la imagen del juicio; pero lo mataron también a ése, por pensar que no era propio servir a los bárbaros ni siquiera con la voz. La firmeza le sobrepasó, pues no tuvieron por digno que un colono de la ciudad se convirtiera en intérprete del enemigo natural contra la propia ciudad y los helenos. También, así pues, lo arrojan al báratro, de forma que otros anunciaron al rey las respuestas, y no pudo saberlas de los que habían sido enviados. 100. Pero el rey se movía ya de forma más que evidente, y, de un lado, ordenaba a sus lugartenientes que prepararan desde ese instante grilletes, aumentándolos en cuantos creía que eran los atenienses, para que ninguno de ellos escapara sin cadenas, y disfrutando con su cólera mientras fue posible; de otro lado, disponía a sus multitudes a unos unas tareas y a otros otras. 101. A partir de este momento los heraldos ya no pisaron la Hélade y enviaba entonces la expedición anunciándose a sí misma. (Traducción propia)

En su reelaborado relato, Elio Aristides parece intentar conciliar las diferentes versiones del suceso. Con Heródoto está de acuerdo en que los heraldos persas fueron ejecutados en Atenas y precipitados al *báratro*. Pero esto

se dice indirectamente mediante los verbos en plural y los adverbios inclusivos (el término κήρυκες ‘heraldos’, sólo se utiliza directamente en la primera y en la última línea del ejemplo, casi a modo de *Ringkompostion*); porque quien adquiere protagonismo es el decreto votado y aprobado por la asamblea, máxima representante del régimen político de Atenas, que condena a los heraldos y, con la imagen de un juicio, también al intérprete griego por prestar su voz al enemigo; y en esto concuerda con Plutarco, pero sin citar a Temístocles ni a ningún otro ateniense famoso: no parece muy oportuno en un discurso que ensalza y evidencia las virtudes de Atenas en su conjunto. De hecho, los nombres propios de los gloriosos Milcíades, Aristides, Temístocles, Pericles, Cimón, etc. brillan por su ausencia en el *Panatenaico*.

Elio Aristides conocía, sin embargo, la versión con la participación que en la decisión sobre el trato dado a los heraldos persas habían tenido Milcíades y Temístocles. Lo comprobamos en otro discurso de nuestro rétor: el que lleva por título *A Platón en defensa de los Cuatro* (*Or.* III Behr), que no es ya un elogio (al menos no es un elogio explícito), sino un discurso pretendidamente forense en el que el sofista hace gala de una de las prácticas más queridas de la retórica de su época al polemizar de manera ficticia con un personaje de referencia como es Platón. Aquí, Elio Aristides se erige en abogado defensor de los cuatro generales atenienses más célebres (Milcíades, Temístocles, Cimón y Pericles) contra las acusaciones que el filósofo les lanzó en el *Gorgias* por boca de Sócrates.

En efecto, entre la prolífica argumentación que despliega para rebatir los cargos del filósofo contra Milcíades y Temístocles, por malos gobernantes y peores consejeros de la ciudad (*Grg.* 519a), aporta como ejemplo histórico la implicación de estos generales en el episodio de los heraldos. En el caso de Milcíades el suceso aparece solo insinuado —como si los destinatarios del discurso conocieran la historia— en un largo periodo, lleno de paralelismos y antítesis, que haría las delicias de Isócrates:

184. εἰ μὲν γὰρ τὰ ὄπλα παραδόντας ἢ τοῖς κήρυξιν ὁμολογήσαντας, ἢ τὸν Περσῶν βασιλέα δεσπότην ἀντὶ τῶν νόμων ἐλομένους ἡξίουν σώζεσθαι, οὐκ ἂν ἔγωγε συγχαίρειν ᾧμην δεῖν οὔτε τοῖς πείθουσι τῶν λόγων οὔτε τοῖς πεισθεῖσι τῆς σωτηρίας, ἀλλ' ὡς ἀληθῶς διακόνους ἂν ἐκείνους εἶχον καλεῖν, καὶ τοῦ πρὸς ἡμέραν ὑπηρέτας ὡσπερ τοὺς πορθμέας, οὐ μόνον, εἰ βούλει, τοὺς κυβερνήτας. εἰ δ' ἀπ' αὐτῶν τῶν κηρύκων ἀρξάμενοι καὶ τῆς ἀποκρίσεως προηγόρευον Ἀθηναίοις ὅτι δεῖ μελετᾶν τὸν ὑπὲρ τῆς τῶν Ἑλλήνων ἐλευθερίας ἀγῶνα καὶ μὴ λιπεῖν τὴν τοῦ φρονήματος τάξιν, καὶ οὐ τὰ ὄπλα ρίψαντας οὐδὲ

τοῖς φόβοις εἶξαντας, ἀλλ' ἀναλαβόντας τὰ ὅπλα καὶ τῶν φόβων κρείττους γενομένους, μᾶλλον δ' ἓνα τοῦτον φόβον καὶ δεινὸν καὶ ἀφόρητον νομίσαντας εἶξαι τοῖς χεῖροσι καὶ παραχωρήσαι τοῦ πατρίου σχήματος, εἰ ταῦτα λέγοντας καὶ οὕτω παρεσκευασμένους ἤξιουν ἀπαντᾶν ἐπὶ τὴν κρίσιν τὴν περὶ τῶν ὄλων καὶ δέχεσθαι τὸ ἐκβησόμενον ὡς ἐπ' ἀμφοτέρα ὁμοίως κερδανοῦντας, οὐχ ὀρῶ τίνα ταῦτ' ἔχει διακονίαν ἀγεννῆ ἢ πῶς ἔοικε τοῖς τοῦ κυβερνήτου λογισμοῖς.

184. Pues si hubieran tenido por digno salvarse entregando las armas o llegando a un acuerdo con los heraldos o eligiendo como señor al rey de los persas en lugar de las leyes, yo al menos no habría creído que se debía felicitar ni a los que les persuadieron por sus discursos ni a los que se dejaron persuadir por su salvación, sino que en verdad les podría yo llamar servidores y remeros a jornal, como los barqueros, no sólo, si lo prefieres, como los timoneles. Pero si, comenzando por los propios heraldos y la respuesta que recibieron, advertían a los atenienses que debían ejercitarse para el combate por la libertad de los helenos y no dejar las filas del buen juicio, no arrojando las armas ni cediendo a los miedos, sino tomando las armas y superando los miedos, y más bien considerando terrible e insoportable este único miedo, ceder ante hombres inferiores y abandonar la dignidad patria, si tenían por digno que con estas palabras y con esta disposición debían presentarse en el momento en que se decidía todo y aceptar lo que sucediera como si en ambos casos por igual fueran a obtener provecho, no veo qué servidumbre innoble implica eso o de qué modo se parecen a los cálculos de un timonel. (Traducción propia)

En el caso de Temístocles, que es el general en cuya defensa emplea Elio Aristides más palabras, el relato es más detallado e incluye la ejecución del intérprete griego. Dice así:

229. μέχρι μὲν δὴ τούτων τὰ μέγιστα συνεβούλευε καὶ οὐδὲν ἔχει Πλάτων αἰτιάσασθαι, οὐ μὲν οὖν, εἰ μὴ λαμπρῶς ἐπαινοίῃ, ὅπως οὐκ ἂν αἰσχύνοιτο οὐκ ἂν ἔχειν μοι δοκεῖ. οὐ γὰρ μόνους τοὺς Ἀθηναίους ἐπὶ ταῦτ' ἀγαγὼν καὶ τάξας ἐνταυθοῖ γνώμης φαίνεται, ἀλλὰ καὶ τοὺς ἄλλους Ἕλληνας, ὅσον μετέσχον τῶν πραγμάτων, εἷς ἀνὴρ οὗτος μάλιστα ἐπιρρώσας καὶ παροξύνας, καὶ τοὺς μὲν ἐκόντας, τοὺς δὲ ἄκοντας αὐτῶν πείσας γενέσθαι χρηστοὺς καὶ λυσιτελοῦντας ἑαυτοῖς· ὅς γε καὶ τοῖς κήρυξι τοῖς παρὰ τοῦ βασιλέως ἔλθοῦσι περὶ τῆς γῆς καὶ τοῦ ὕδατος τοιαύτας ἔδωκε τὰς ἀποκρίσεις, ὥσθ' ἅπασι τοῖς Ἕλλησιν ὑπάρχειν μαθεῖν ὅποι' ἄττα ἀποκρίνασθαι χρὴ τοῖς ἐπὶ ταῦθ' ἤκουσι τῶν βαρβάρων. καὶ οὐκ ἐνταῦθ' ἔστι τῆς ἐλευθερίας, ἀλλὰ καὶ τὸν ἐρμηνεύσαντα ἀπέκτεινε, κατηγορῶν ὅτι τὴν φωνὴν ὡσπερ ἄλλο τι τῷ Πέρσῃ κατὰ τῶν Ἑλλήνων ἔχρησε. 230. καίτοι τί τοῦτο δεινὸν ἦν τοῖς Ἀθηναίοις

μαθεῖν ὃ τί ἐστι τὰ λεγόμενα, μαθόντας δὲ βουλευσασθαι; οὐ γὰρ αὐτός γ' εἰσηγεῖτο οὐδ' ἐπηνάγκαζεν. ἀλλ' ὅμως οὐδ' ἄχρι τούτου διακονεῖν ἤξιου, οὐδὲ γὰρ προσήκειν ἀκούειν τὰ τοιαῦτα. ταχύ γ' ἂν αὐτὸς διηκόνησεν ὁ τοῖς διακόνοις οὕτω χρώμενος, ἢ παρ' ἃ βέλτιστα ἐνόμιζεν ἐδημηγόρησεν, ὁ μὴδ' ἐρμηνεύειν ἐῶν περὶ ὧν οὐ βέλτιον λέγειν.

229. Hasta aquí, pues, dio los más importantes consejos y nada puede criticarle Platón; antes bien, si no le hiciera un encendido elogio, me parece que no tendría manera de no sentirse avergonzado. Pues es evidente que no sólo condujo a los atenienses a esa decisión y los alineó en esta resolución, sino que también a los demás helenos que participaron en los hechos él fue el único hombre que los fortaleció y los estimuló al máximo, y que los persuadió, a unos voluntariamente y a otros contra su voluntad, a ser hombres buenos y útiles a sí mismos. Él fue quien dio tales respuestas a los heraldos que vinieron de parte del rey para tratar sobre la tierra y el agua, que a todos los griegos les fue posible aprender qué clase de respuesta hay que dar a los bárbaros que llegan con esas intenciones. Y no se paró ahí por la libertad, sino que incluso hizo ejecutar al intérprete, acusándole de haber prestado su voz al persa, como cualquier otra cosa, en contra de los helenos. 230. Con todo, ¿qué había de malo para los atenienses en saber lo que significaban las palabras y, una vez sabido, haber deliberado? Pues no era aquél quien les hacía las propuestas ni les forzaba a ellas. Pero, sin embargo, él [Temístocles] consideraba hasta ese extremo que no debía ser servil ni, en efecto, era apropiado escuchar cosas semejanteras. (Traducción propia)

En un discurso de tipo forense y cuando se trata de dar pruebas factuales de descargo, los hechos han de personalizarse y eso es lo que hace Elio Aristides, adecuando el suceso a este nuevo contexto y atribuyéndoselo en exclusiva (εἰς ἀνήρ οὕτος) a Temístocles en su objetivo de dar ejemplo de fortaleza a los atenienses y al resto de los griegos. Así que conocía esta versión del episodio, bien que se elimina la mención del decreto votado en la asamblea y el asesinato de los heraldos del rey (τοῖς κήρυξι τοῖς παρὰ τοῦ βασιλέως) queda diluido.

Frente a Heródoto, por otro lado, el orador afirma que hubo heraldos enviados a Atenas tanto por Darío como por su sucesor (Jerjes), aunque al final parece contradecirse: ἐκ δὲ τούτου κήρυκες μὲν οὐκέτι ἐφοίτων εἰς τὴν Ἑλλάδα. Pero este ἐκ δὲ τούτου debe referirse sólo al tiempo de la Primera Guerra Médica, porque, ciertamente, estos heraldos del rey los encontramos otra vez mencionados en el *Panatenaico* entre los ejemplos extraídos de la Segunda Guerra Médica, con Jerjes como rey de los persas:

123. καὶ ὁ μὲν οὕτω πάντα κινῶν ἦει, τοσαῦτα προσλαμβάνων ὀπόσοις ἐντύχοι, καὶ κατεπτήχει καὶ ἔθνη καὶ πόλεις καὶ πάντα γένη καὶ Εὐρωπαϊα καὶ τὰ ἐπὶ τῆς Ἀσίας πάντα, καὶ πρὸς τὴν κίνησιν εἶκεν ὥσπερ τὰ κοῦφα σὺν πολλῷ τῷ φόβῳ. 124. ἡ πόλις δ' ἕτερα ἀντεπεδείκνυτο, οὐδ' ἦν Ξέρξην μᾶλλον θαυμάσαι τῆς ὑπερηφανίας ἢ τὴν πόλιν τοῦ μηδὲν τῶν ἐκείνου θαυμάσαι· ἢ θορύβου τοσοῦτου διὰ γῆς ἀπάσης καταρραγέντος καὶ τῶν ἠπείρων ἀμφοτέρων κρινομένων ἐπὶ τῆς Ἑλλάδος ἀντέσχευ, ὥσπερ ἔρυμα καὶ πρόβολος, ἀπ' ἀρχῆς ἀρξαμένη καὶ αὐτὴ τὰ αὐτῆς ἐπίδεικνύει. 125. πρῶτον μὲν τοῖς περὶ τὰς ἐπιστολὰς ἀκροβολισμοῖς καὶ πείραις τοσοῦτον ὑπερέσχε φρονήματι καὶ τοσοῦτον ἀπέσχε τοῦ πτοηθῆναι πρὸς τὰς τῶν ἀτόπων ἐκείνων φόβων ἐπαγωγὰς, ὥστ' οὐκ ἐδέηθη ψηφίσματος πρὸς ταῦτα ἔτι, ἀλλ' ὥσπερ ἑνὸς κοινοῦ νενικηκότος τοῦ κατὰ Δαρεῖον, μηδένα ἀκούειν βαρβάρων, πρὶν ἐκκλησίαν ἀποδοῦναι, ἀφανίζει τοὺς ἀγγέλους αὐτῆ σκευῆ καὶ ποικίλμασι, καὶ τοῖς εὖ φρονοῦσι τῶν Ἑλλήνων ἡγεμῶν τῆς ἀποκρίσεως ἐγένετο.

123. Y él [Jerjes] marchaba así removiéndolo todo, agregando a su ejército a tantos cuantos encontraba por el camino, y había encogido de miedo a tribus y a ciudades y a todas las razas tanto de Europa como a todas las de Asia, y ante su desplazamiento se doblegaban, como las cosas livianas, con gran temor. 124. Pero la ciudad se mostró, por el contrario, diferente; y no era posible admirar más a Jerjes por su soberbia, que a la ciudad por no admirar nada de lo de éste. Ella, tras haber estallado tal tumulto por toda la tierra y decidiéndose el destino de ambos continentes en la Hélade, resistió, como baluarte y fortaleza, comenzando desde el principio a mostrar sus propias cualidades. 125. Primero, en las escaramuzas por los mensajes y en las intentonas fue tan superior en prudencia y tanto distó de asustarse ante los despliegues de aquellos insólitos temores, que ni siquiera hubo necesidad ya de un decreto con respecto a estos temas, sino que, como si ganara vigencia aquel solo decreto general de tiempos de Darío, de que ninguno escuchara a los bárbaros antes de conceder una asamblea, hizo desaparecer a los mensajeros con sus vestidos y adornos y fue la guía de esta respuesta para los griegos sensatos. (Traducción propia)

Hubo heraldos, por lo tanto, también enviados por Jerjes a Atenas; y la ciudad respondió de la misma manera que lo hizo en tiempos de Darío y sin que fuera necesario un nuevo decreto. Se evita, no obstante, el término ‘matar’ y el término ‘heraldos’ y se utilizan ahora un eufemístico ἀφανίζει y un menos marcado τοὺς ἀγγέλους⁹. La mención del episodio, mucho más escueta que

⁹ No siempre es posible diferenciar el status y las funciones de κήρυκες ‘heraldos’ y ἄγγελοι ‘mensajeros’. En principio, el heraldo estaría dotado de una más alta distinción, lleva insignias que le identifican y su persona es inviolable. Sería la figura que se utilizaría en las

antes, viene después de insistir Elio Aristides en el coraje de la ciudad frente al soberbio avance de Jerjes, y su actitud la expresa entre símiles con la amplificación¹⁰ cualitativa que se merece; pues, cuando los demás ante su avance «se doblegaban, como las cosas livianas, con gran temor» (εἶκεν ὡσπερ τὰ κοῦφα σὺν πολλῷ τῷ φόβῳ) —obsérvese también el polisíndeton del párrafo que evoca la agitación provocada por Jerjes—, ella sola se resistió «como baluarte y fortaleza» (ὡσπερ ἔρυμα καὶ πρόβολος), y con acciones como la de los mensajeros «fue la guía de esta respuesta para los griegos sensatos» (τοῖς εἰς φρονουσι τῶν Ἑλλήνων ἡγεμῶν τῆς ἀποκρίσεως ἐγένετο). Por supuesto, a diferencia de Heródoto, en ningún caso se insinúa consecuencia negativa alguna del acto para Atenas, sino todo lo contrario. Y lo que pasó en Esparta con la venganza de Taltibio no interesa tampoco en un *Panatenaico*.

Que Elio Aristides conoce directamente la obra de Heródoto, al que menciona por su nombre en otros discursos y con el que polemiza directamente en el *Discurso egipcio* (*Or.* XXXVI Keil), no cabe duda. Que conozca la obra de Plutarco, es más dudoso, y es más probable que ambos hayan leído en las mismas fuentes directas o indirectas la versión de la ejecución del intérprete griego junto con la de los heraldos persas. En cualquier caso, como orador que es, se permite no dar citas literales procedentes de sus fuentes historiográficas sobre los sucesos que refiere en el discurso. Son los hechos, que seguramente se sabía de memoria, los que se glosan con las interpretaciones y los aditamentos retóricos propios de un elogio. Hay que señalar, y esto resalta más aún la audacia de Elio Aristides, que este episodio no se menciona en ninguno de los discursos en que Isócrates elogia a Atenas¹¹ ni en el resto de la tradición encomiástica conservada, que incluye a los llamados discursos epitafios¹².

El suceso queda así integrado como ejemplo histórico en la estructura argumentativa del discurso (*lógos*). Pero el *Panatenaico* es un estupendo modelo de oratoria epidíctica, del que sacaron sus ejemplos algunos tratadistas posteriores sobre el género, como Menandro el Rétor¹³, o al que imitaron directamente otros autores de encomios de ciudades incluso hasta el Renacimiento,

relaciones diplomáticas entre estados. El mensajero sería un término menos marcado y se utilizaría, con carácter general, para el que transmite una noticia. Cf. Mosley 1973 y Lanski 2013.

¹⁰ Sobre la amplificación como recurso retórico propio del discurso epidíctico, véase *infra*.

¹¹ *Panegírico* (*Or.* IV) y *Panatenaico* (*Or.* XII).

¹² Cf. Schröder 1914 y Loraux 1981.

¹³ Menandro el Rétor será quien fije, en el siglo III d. C., la teoría retórica del elogio de ciudades (*Sobre los géneros epidícticos* I 344-367); se sirve para ello del análisis de toda

como el que Leonardo Bruni le dedicó a Florencia¹⁴. Y el que estemos ante un discurso epidíctico implica que el orador ha de cuidar especialmente la expresión, porque –como decía Aristóteles– «el estilo del discurso epidíctico es el más literario» (*Rh.* 1414a18-19). Por ello, cuando clasifica los procedimientos más adecuados para lograr la persuasión del oyente en cada tipo de discurso, el Estagirita considera la αὔξησις ‘amplificación’¹⁵, procedimiento eminentemente expresivo, como la especie más apropiada para el discurso epidíctico, pues trata asuntos sobre los que hay acuerdo, de manera que sólo falta rodearlos de importancia y belleza: μέγεθος περιθειναι καὶ κάλλος (*Rh.* 1368a26-33)¹⁶. Esto se consigue, por ejemplo, –afirma Aristóteles– diciendo que «fue el único que hizo algo, o el primero, o con pocos, o el que tuvo más parte, pues todas estas circunstancias son bellas» (*Rh.* 1368a10-13).

Ya sorprende, de antemano, la extensión que Elio Aristides dedica a narrar un suceso en principio poco trascendente de las Guerras Médicas; y esto ya es en sí mismo una amplificación por *congeries* o acumulación de ideas. Son igualmente frecuentes los adjetivos, aposiciones y expresiones de carácter valorativo, algunas de sabor poético e integradas en bellas estructuras paralelas y antitéticas: πυκναὶ, περὶ τῶν ὅλων, ἅπαντα, καιροῖς ἔργα λόγων ἡττήθη, ψήφισμα τροπαίου κρεῖττον εἰς μνήμην ἐνίκησεν. Son relevantes también para la amplificación el políptoton del término referido a la victoria:

esa práctica anterior y Elio Aristides figura, a la par que Isócrates, entre los más destacados modelos.

¹⁴ Cf. Hernández de la Fuente 2013.

¹⁵ Sobre el concepto de amplificación, puede verse Lausberg 1975, §§ 71-83 y 365-377, y Kennedy 1971, pp. 60-72. Sobre su presencia como recurso retórico en la oratoria epidíctica, cf. Navarre 1900, pp. 301-311; Buchheit 1960, pp. 15-26, y Pernot 1993, pp. 675-680.

¹⁶ La misma idea la vuelve a repetir Aristóteles cuando aborda el análisis de los lugares comunes de la argumentación para los distintos géneros oratorios (*Rh.* 1392a4-7) y la demostración como parte del discurso (*Rh.* 1417b31-1418a5). Ya el más antiguo de los tratados de retórica conservado, la *Retórica a Alejandro*, recomendaba para la especie encomiástica la amplificación de las intenciones, acciones y discursos prestigiosos del elogiado, persona u objeto, atribuyéndole incluso valores que no posee (1426a-b y 1440b-1441b). Y así mismo, desde el punto de vista de la expresión, la *Retórica a Alejandro* consideraba adecuada en los elogios «una expresión grandilocuente usando muchas palabras para cada cuestión» (Anaximén., *Rh.* 1441b). Desde entonces, la amplificación será el recurso expresivo más recomendado para los discursos epidícticos. Entre los rétores de la antigüedad es Quintiliano el que presenta la exposición más detallada sobre la *amplificatio*, a la que dedica un capítulo entero de su *Institutio Oratoria* (VIII 4).

νικώσης, ἐνίκησεν, νικῆσαν; o la epanórtosis que no hace sino ponderar la idea pretendidamente rectificadora: ὡς ταυτὸν ὄν εἰπεῖν τὴν Ἀθηναίων πόλιν καὶ τὴν Ἑλλάδα, καὶ οὐκ εἰπεῖν μόνον ... , ἐν ἐκείνοις μέντοι τοῖς καιροῖς ἔργα λόγων ἠττήθη —λέγω δὲ τὰ τῶν ἄλλων ἔργα λόγων τῶν παρ' ὑμῖν— ... Pero lo esencial, como en el resto del discurso, es señalar a Atenas como «la primera» o «la única» en todos los sentidos: ἀπὸ ταύτης τῆς πόλεως ἤρχετο, καὶ πάντα πρὸς ταύτην διελέγοντο, ἦν ὅτι μὴ Ἀθῆναι, ὡς ταυτὸν ὄν εἰπεῖν τὴν Ἀθηναίων πόλιν καὶ τὴν Ἑλλάδα, ἀπ' ἀρχῆς προτάξασα τῶν Ἑλλήνων ἑαυτήν, ... Hay, en consecuencia, y como no podía ser de otra manera, preocupación estilística en el relato del episodio por parte de Elio Aristides, que consigue rodear el suceso de importancia y belleza mediante las diferentes realizaciones léxicas, sintácticas y figurales de la *amplificatio*.

Y después de todo lo expuesto, los historiadores modernos ponen, sin embargo, en duda la propia existencia del hecho y niegan la historicidad de la embajada de Darío a Atenas en el 491 a. C. por inconsistente (Beloch 1914, pp. 40-41; Hignett 1963, p. 87; Bengston 1969⁴, p. 163): los atenienses se encontraban en guerra abierta con los persas desde las revueltas griegas en Asia, y el intercambio previo de mensajes se habría producido antes de la expedición de Atenas a Sardes y del saqueo de la ciudad (498 a. C.). No tendría sentido que Darío despachara heraldos a Atenas con un ultimátum y una vez enviada la misión de castigo de Mardonio (492 a. C.) para vengar ese acto, que tanto había irritado al rey persa (cf. Hdt. V 105). Jerjes sí que habría enviado heraldos antes de su expedición en el 481 a. C. a las ciudades griegas, incluida Atenas, donde sólo habría salido mal parado el intérprete¹⁷. Los espartanos, entonces, los habrían ejecutado para mostrar al resto de los griegos su absoluta lealtad a la causa aliada contra Persia. Conocida la reacción espartana, los atenienses habrían ideado *post eventum* esta historia para propagar que ellos no fueron menos y que, si los espartanos los habían echado al pozo para que sacaran el agua, ellos los habían precipitado al *báratro* para que cogieran la tierra, interpretando literalmente y con sarcasmo la fórmula persa exigiendo sumisión. Heródoto habría cometido, así pues, un

¹⁷ Algo similar a lo que hicieron los atenienses con otra embajada persa en el año 479 a. C.: despacharon a Muríquidas, el emisario de Mardonio con las nuevas propuestas de paz una vez sometida el Ática, y lapidaron al buleuta Lícides que propuso aceptar la oferta y someterla a la consideración de la asamblea (Hdt. IX 4-5). Por cierto, que esta lapidación, con otra cronología y con otro personaje, la mencionan también Demóstenes (*Sobre la corona* 204) y Licurgo (*Contra Leócrates* 122).

doble error al conocer esta historia en Atenas e incluirla en su obra: escribir que se enviaron heraldos en el 491 a. C. y que Jerjes no envió heraldos ni a Atenas ni a Esparta en el 481 a. C. Otros historiadores (Kraft 1964, Sealey 1976) siguen confiando, no obstante, en las fuentes historiográficas y admiten la historicidad de la embajada a Atenas en el 491 a. C., que Darío habría enviado, como escribe Heródoto (VI 48.1), para saber si los atenienses y los eretrios iban a presentar batalla o no, aunque la expedición de Mardonio ya estuviera en marcha. E incluso el hecho de que los atenienses precipitaran a los heraldos persas al *báratro* es plausible, como fruto de la reacción popular porque Egina, en guerra no declarada desde hacía tiempo con Atenas, si hubiera entregado «la tierra y el agua» a los persas, temiendo los atenienses una alianza que inclinara el conflicto en favor de los eginetas (Hdt VI 88-93). Otra cosa son las reelaboraciones propagandísticas del suceso y los aditamentos literarios, que, haberlos, como estamos comprobando, los hubo.

El episodio de los heraldos sería en el *Panatenáico* de Elio Aristides, así pues, desde el punto de vista retórico un ejemplo histórico en el marco de una estructura argumentativa que fundamenta en casos concretos el enunciado general del orador; un ejemplo bien traído y adaptado, como aconsejaba Isócrates, al objetivo del discurso, que no es otro que elogiar la primacía de Atenas en el favor divino y en los asuntos humanos por la filantropía y el coraje que ha demostrado.

Pero también se revela su valor estético mediante el recurso retórico de la amplificación en la narración del suceso, con el objetivo tanto de desarrollar y alargar el asunto (amplificación extensiva / cuantitativa) como de realzar la idea, darle importancia y sobrevalorarla (amplificación intensiva / cualitativa). El orador, al utilizar la amplificación, desencadena en el público una «vivencia valorativa estética» (Lausberg 1975, §§ 71-73) con vistas a conseguir que el oyente participe y se deleite como espectador de las bondades estéticas de las palabras pronunciadas y emita un juicio, como quería Aristóteles, sobre la habilidad oratoria del orador.

De paso, y especialmente en el caso de la oratoria epidíctica que nos ocupa, el ἦθος ‘carácter’ del orador y su consecuente credibilidad se sustenta ante los oyentes no solo en su cualificación retórica, sino también en los amplios conocimientos que exhibe de la historia, que es capaz de aportar en esta época —no hay que olvidarlo— un plus de emotividad (πάθος), porque los ejemplos históricos no sólo agradaban al público, que esperaba con expectación esta parte del discurso (Bowie 1981, p. 203), sino que también les hacía

sentirse, evocando su glorioso pasado, parte de la comunidad helena al apelar a una cultura compartida e identitaria frente a la realidad política romana (Bowie 1981, Gascó 1992, Saïd 2006, Desideri 2014). Además, en esas circunstancias, la historia, convertida en memoria histórica, podía adoptar un sentido de desafío frente al poder establecido. Por eso Plutarco, en sus *Consejos políticos*, llega a aconsejar que no se hable de Maratón, Platea y Eurimedonte más que en las escuelas de los sofistas, «ejemplos que inducen al pueblo a inflarse y envalentonarse inútilmente» (*Moralia* 814 C). Pero eso no figura en la agenda política de nuestro sofista, que en su discurso *A Roma* (*Or.* XXVI Keil), contrapunto del *Panatenaico*, vino a proclamar que sólo en el marco de la estabilidad que garantizaba el Imperio romano la cultura griega podía seguir desarrollándose (Cortés 1995, Caballero 2007).

Lo de «matar al mensajero», en fin, que ninguna responsabilidad tiene en lo que comunica por muy trágico que sea, ha tenido¹⁸ y sigue teniendo todavía entre nosotros una fuerte carga legal y también emotiva. Cuánto más no la tendría para una mente tan piadosa y timorata como la de Elio Aristides, a quien le debió de impactar aquel asesinato de unos heraldos en su querida y ejemplar Atenas; por ello ha debido de elegir el episodio conscientemente para el argumentario retórico de su discurso, a pesar de no figurar en la tradición encomiástica de la ciudad y después de dejar otros muchos hechos sin mencionar, como reconoce él mismo, para contar los más notables (*Or.* I Lenz-Behr 90). Y es que los heraldos, cuya insignia era el caduceo, ejercían su oficio bajo la protección de los dioses, en general, y de Hermes, en particular, que fue el dios —no lo olvidemos— que, según nuestro sofista, trajo la Retórica a los hombres para su beneficio por encargo de Zeus (*Or.* II Behr 396). De ahí que aplicara todo su oficio retórico en narrar el episodio de la manera más conveniente y lo adornara y lo reinterpretara, o sea, justificara en su nuevo contexto literario.

BIBLIOGRAFÍA

- Akujarvi, J. 2005: *Researcher, Traveller, Narrator: Studies in Pausanias' Periegesis*, Estocolmo.
- Beecke, E. 1905: *Die historischen Angaben in Aelius Aristides Panathenaios auf ihre Quellen untersucht*, Estrasburgo.

¹⁸ Cf. Goblot-Cahen 1999 y 2003.

- Behr, Ch. A. 1968: *Aelius Arristides and the Sacred Tales*, Amsterdam.
- Beloch, K. J. 1914: *Griechische Geschichte* II 2, 1, Estrasburgo.
- Bengston, H. 1969⁴: *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Múnich.
- Borg, B. (ed.) 2004: *Paideia. The World of the Second Sophistic*, Berlín.
- Boulanger, A. 1923: *Aelius Aristide et la Sophistique dans la province d'Asie au II^e siècle de notre ère*, París.
- Bowie, E. L. 1981: «Los griegos y su pasado en la Segunda Sofística», en Finley, M. I. (ed.), *Estudios sobre historia antigua*, Madrid, pp. 185-231.
- Buchheit, V. 1960: *Untersuchungen zur Theorie des Genos epideiktikon von Gorgias bis Aristoteles*, Múnich.
- Caballero, J. A. 2007: «Roma en la obra del rétor Elio Aristides», en Sánchez Ostiz, Á., Torres Guerra, J. B. y Martínez, R. (eds.), *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia: un camino de ida y vuelta*, Pamplona, pp. 91-116.
- Caballero, J. A. 2015: «De la historia a la retórica: el uso del *exemplum* en la oratoria política», en García, D. y Puig, L. (eds.), *Retórica, argumentación y política: lecturas e interpretaciones*, México, pp. 165-196.
- Cortés, J. M. 1995: *Elio Aristides. Un sofista griego en el Imperio Romano*, Madrid.
- Day, J. W. 1980: *The Glory of Athens: the Popular Tradition as Reflected in the Panathenaicus of Aelius Aristides*, Chicago.
- Desideri, P. 2014: «Storia declamata e storia scritta nel secondo secolo dell' impero: Dione, Plutarco e la rinascita della cultura greca», en Mestre, F. y Gómez, P. (eds.), *Three Centuries of Greek Culture under the Roman Empire*, Barcelona, pp. 183-199.
- Follet, S. 1976: *Athènes au II^e et au III^e siècle. Études chronologiques et prosopographiques*, París.
- Fornara, Ch. W. 1971: «Themistocles Archonship», *Historia* 20, pp. 257-271.
- Gascó, F. 1992: «Elio Aristides: historias griegas para tiempos romanos», en Falque, E. y Gascó, F. (eds.), *El pasado renacido. Uso y abuso de la tradición clásica*, Sevilla, pp. 39-54.
- Ghinatti, F. 1970: *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre persiane*, Roma.
- Goblot-Cahen, C. 1999: «Les hérauts et la violence», *CCG* 10, pp. 189-207.
- Goblot-Cahen, C. 2003: «Les hérauts grecs agents et victimes de châtements», *Hypothèses* 1, pp. 135-144.
- Hernández de la Fuente, D. 2013: «Elio Aristides como modelo retórico desde la Antigüedad tardía al Renacimiento», en García-Gasco, R., González Sánchez, S., Hernández de la Fuente, D. (eds.), *The Theodosian Age (A.D. 379-455): Power, Place, Belief and Learning at the End of the Western Empire*, Oxford, pp. 223-228.
- Hignett, C. 1963: *Xerxes' Invasion of Greece*, Oxford.
- Iglesias Zoido, J. C. 2000: «El ejemplo histórico en Andócides», *Anuario de estudios filológicos* 23, pp. 229-242.

- Jost, K. 1936: *Das Beispiel und Vorbild der Vorfahren bei den attischen Rednern und Geschichtschreibern bis Demosthenes*, Paderborn.
- Kalkmann, A. 1886: *Pausanias der Perieget: Untersuchungen über seine Schriftstelleri und seine Quellen*, Berlin.
- Kennedy, V. R. 1971: «Auxesis: a Concept of Rhetorical Amplification», *Southern Speech Communication Journal* 37, pp. 60-72.
- Kraft, K. 1964: «Bemerkungen zu den Perserkriegen», *Hermes* 92, pp. 144-171.
- Lanski, A. 2013: *Emissaries in the Narrative of Herodotus*, PhD University of Illinois-Urbana-Champaign.
- Lausberg, H. 1975: *Elementos de retórica literaria*, Madrid.
- Lenardon, R. J. 1978: *The saga of Themistocles*, Londres.
- Loraux, N. 1981: *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la cité classique*, Paris.
- Mosley, D. J. 1973: *Envoys and Diplomacy in ancient Greece*, Wiesbaden.
- Navarre, O. 1900: *Essai sur la rhétorique grecque avant Aristote*, Paris.
- Nicolai, R. 2004: *Studi su Isocrate. La comunicazione letteraria nel IV sec. a. C. e i nuovi generi della prosa*, Roma.
- Nicolai, R. 2007: «Storia e storiografia nella scuola greca», en Fernández Delgado, J. A., Pordomingo, F. y Stramaglia, A. (eds.), *Escuela y literatura en Grecia antigua*, Cassino, pp. 39-66.
- Nouhaud, M. 1982: *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*, Paris.
- Oliver, J. 1968: *The Civilizing Power. A Study of the Panathenaic Discourse of Aelius Aristides against the Background of Literature and Cultural Conflict. With Text, Translation, and Commentary*, Filadelfia.
- Oudot, E. 2005: «Athènes repeinte en cité grecque? Quelques remarques sur l'idéologie du Panathénaïque d'Aelius Aristide», *Mètis* N.S. 3, pp. 319-335.
- Oudot, E. 2006a: «Au commencement était Athènes. Le Panathénaïque d'Aelius Aristide ou l'histoire abolie», *Ktêma* 31, pp. 227-244.
- Oudot, E. 2006b: «L'Athènes primitive sous l'Empire romain: l'exemple du Panathénaïque d'Aelius Aristide», *Anabases* 3, pp. 195-212.
- Oudot, E. 2008: «Aelius Aristides and Thucydides: Some Remarks about the Panathenaic Oration», en Harris, W. V. y Holmes, B. (eds.), *Aelius Aristides between Greece, Rome, and the Gods*, Leiden-Boston, pp. 31-50.
- Pearson, L. 1941: «Historical Allusions in the Attic Orators», *CPh* 36, pp. 209-229.
- Pernot, L. 1993: *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-roman*, Paris.
- Piccirilli, L. 1987: *Temistocle, Aristide, Cimone, Tucidide di Melesia fra politica e propaganda*, Génova.
- Pownall, F. 2004: *Lessons from the Past: The Moral Use of History in Fourth-Century Prose*, Ann Arbor.

- Ramón Palerm, V. 1992: *Plutarco y Nepote. Fuentes e interpretación del modelo biográfico plutarqueo*, Zaragoza.
- Saïd, S. 2008: «Aristides' uses of myths», en Harris, W. V., Holmes, B. (eds.), *Aelius Aristides between Greece, Rome, and the Gods*, Leiden - Boston, pp. 51-67.
- Schrader, C. 1989: «La deformación histórica en la oratoria ática: Andócides, III, 29, e IG II², 8», en *La oratoria en Grecia y Roma*, Teruel, pp. 31-68.
- Schreiner, J. H. 1969: «Thucydides I, 93 and Themistocles during the 490's», *SO* 44, pp. 23-41.
- Schröder, O. 1914: *De laudibus Athenarum a poetis tragicis et ab oratoribus epideicticis excultis*, Gotinga.
- Sealey, R. 1976: «The Pit and the Well: the Persian Heralds of 491 B. C.», *CJ* 72, pp. 13-20.
- Segre, M. 2004: *Pausania come fonte storica: con un'appendice sulle Fonti storiche di Pausania per l'età ellenistica*, Roma.
- Walser, G. 1975: «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220, pp. 529-542.
- Wéry, L. M. 1966: «Le meurtre des héraults de Darius en 491 et l'inviolabilité des héraults», *AC* 35, pp. 468-486.
- Whitmarsh, T. 2005: *The Second Sophistic (Greece and Rome - New Surveys in the Classics, 35)*, Oxford.
- Worthington, I. 1994: «History and Oratorical Exploitation», en Worthington, I. (ed.), *Persuasion: Greek Rhetoric in Action*, Londres - Nueva York, pp. 109-129.

Fecha de recepción de la primera versión del artículo: 18/10/2016

Fecha de aceptación: 16/12/2016

Fecha de recepción de la versión definitiva: 10/01/2017